

- 16.- ¿Cuándo aparece el concepto de literatura comprometida?
- 17.- ¿Cómo se podría explicar, brevemente, la concepción de la literatura según Sartre?
- 18.- ¿En qué ensayo de Jean Paul Sartre, se da esta concepción?
- 19.- ¿Cuáles son los puntos discutibles de la teoría sartriana sobre la literatura?
- 20.- ¿Qué diferencia hay entre literatura comprometida y literatura dirigida?
- 21.- ¿Qué es la teoría literaria?
- 22.- ¿En qué consiste la crítica literaria?
- 23.- ¿Qué contempla la historia de la literatura?
- 24.- ¿Existe una separación total entre teoría, crítica e historia literaria?
- 25.- ¿Cómo se ha concebido el término: literatura universal?
- 26.- ¿Qué objeto tiene la literatura comparada?
- 27.- ¿Qué es la literatura nacional?

"EL PRINCIPE FELIZ."

Oscar Wilde.

Dominando la ciudad, sobre una alta columna, elevábase la estatua del Príncipe Feliz. Era toda dorada, cubierta de tenues hojas de oro fino; tenía por ojos dos brillantes zafiros, y un gran rubí rojo centelleaba en el puño de su espada. Todo esto le hacía ser muy admirado.

—Es tan hermoso como una veleta —observaba uno de los concejales de la ciudad, que deseaba granjearse una reputación de hombre de gustos artísticos—; sólo que no es tan útil —añadía, temiendo le tomasen por hombre poco práctico, lo que realmente no era.

—¿Por qué no eres como el Príncipe Feliz? —preguntaba una madre sentimental a su hijito, que lloraba pidiendo la luna—. Al Príncipe Feliz nunca se le ocurre llorar por nada.

—Me alegro de que haya alguien en el mundo completamente feliz —murmuraba un desengañado, contemplando la maravillosa estatua.

—Tiene todo el aspecto de un ángel —decían los niños del Hospicio al salir de la Catedral, con sus brillantes capas escarlata y sus limpios delantales blancos.

—¿En qué lo conocéis? —replicaba el profesor de matemáticas—. Nunca visteis ninguno.

—¡Oh, los hemos visto en sueños! —contestaban los niños; y el profesor de matemáticas fruncía el entrecejo y tomaba un aire severo, pues no podía aprobar que los niños soñasen.

Una noche voló sobre la ciudad una pequeña golondrina. Seis semanas antes, sus amigas habían partido para Egipto; pero ella se quedó atrás, pues estaba enamorada del más hermoso de los juncos. Lo encontró al comienzo de la primavera, mientras revoloteaba sobre el río en pos de una gran mariposa amarilla; y su talle esbelto la sedujo de tal modo, que se detu-

vo para hablarle.

—¿Te amaré? —dijo la golondrina, que gustaba de no andar con rodeos. Y el junco le hizo una gran reverencia.

Entonces la golondrina jugueteó a su alrededor, rozando el agua con las alas y trazando en ella surcos de plata. Era su modo de hacer la corte; y así pasó todo el verano.

—Es una constancia ridícula —gorjeaban las otras golondrinas—; no tiene un céntimo y, en cambio, demasiada familia.

Y, efectivamente, todo el río estaba cubierto de juncos.

Cuando llegó el otoño, todas emprendieron el vuelo. Entonces la golondrina se sintió muy sola, y empezó a cansarse de su amante.

—No tiene conversación —se decía—, y temo sea bastante tornadizo, pues siempre está coqueteando con la brisa.

Y realmente, siempre que corría brisa, el junco multiplicaba sus más graciosas cortesías.

—Es demasiado sedentario —continuaba diciéndose la golondrina—; y a mí me gusta viajar. Por tanto, quien me quiere debe amar también los viajes.

—¿Quieres seguirme? —le preguntó por fin. Pero el junco sacudió la cabeza; tal apego tenía a su hogar.

—¡Has estado jugando conmigo! —exclamó la golondrina— Me voy a las pirámides. ¡Adiós!

Y levantó vuelo.

Durante todo el día estuvo volando y, al anochecer, llegó a la ciudad.

—¿Dónde me hospedaré? —se preguntó—. Espero que habrán hecho preparativos para recibirme.

Entonces vió la estatua sobre su alta columna.

—Voy a guarecerme allí —se dijo—. El lugar es bonito y bien aireado.

Así, fué a posarse justamente entre los pies del Príncipe Feliz.

—Tengo una alcoba dorada —se dijo dulcemente, mirando a su alrededor. Y se dispuso a dormir. Pero no había acabado de esconder la cabeza bajo el ala, cuando le cayó encima una gran gota de agua.

— ¡Qué cosa tan rara! —exclamó—. No hay una nube en todo el cielo, las estrellas están claras y brillantes y, sin embargo, llueve. Realmente, este clima del norte de Europa es espantoso. Al junco le gustaba la lluvia; pero era puro egoísmo.

Entonces, cayó otra gota.

—¿Para qué sirve una estatua si no resguarda de la lluvia? —dijo—. Voy a buscar una buena chimenea.

Y decidió llevar su vuelo a otra parte.

Pero, antes de que abriese las alas, cayó una tercera gota; y mirando hacia arriba, vió... ¡Ah, lo que vió!

Los ojos del Príncipe Feliz estaban llenos de lágrimas, y lágrimas corrían por sus doradas mejillas. Tan bello era su rostro, a la luz de la luna, que la golondrina se sintió llena de compasión.

—¿Quién sois? —preguntó.

—Soy el Príncipe Feliz.

—Entonces, ¿por qué lloráis? Casi me habéis empapado.

—Cuando estaba en vida y tenía un corazón de hombre —contestó la estatua—, yo no sabía lo que eran las lágrimas, pues vivía en el Palacio de la Despreocupación, donde no se permite la entrada al dolor. Durante el día jugaba con mis compañeros en el jardín, y por la noche bailaba en el gran salón. Alrededor del jardín se elevaba un altísimo muro; pero jamás sentí curiosidad por conocer lo que había tras él; tan hermoso era cuanto me rodeaba. Mis cortesanos me llamaban el Príncipe Feliz, y feliz era en verdad, si el placer es la dicha. Así viví, y así morí. Y ahora que estoy muerto, me han subido tan alto, que puedo ver todas las fealdades y toda la miseria de mi ciudad y aunque mi corazón sea de plomo, no tengo más remedio que llorar.

—¡Cómo! ¿No es de oro de ley? —dijo para sí la golondrina. (Era demasiado bien educada para hacer en voz alta observaciones sobre la gente).

—Allá abajo —continuó la estatua con su voz queda y musical—, allá abajo, en una callejuela, hay una casuca miserable. Una de las ventanas está abierta, y a través de ella veo a una mujer sentada ante una mesa. Su rostro está demacrado y marchito, y sus manos, ásperas y rojizas, están llenas de pinchazos, pues es costurera. Borda pasionarias en un traje de seda que debe lucir en el próximo baile del Palacio la más bella de las damas de la reina. Sobre una cama, en un rincón del aposento, yace su hijito enfermo. Tiene fiebre, y pide naranjas. Su madre sólo puede darle agua del río; así que el niño llora. Golondrina, golondrina, golondrinita, ¿querrías llevarle el rubí del puño de mi espada? Mis pies están clavados a este pedestal y no puedo moverme.

—Me esperan en Egipto —respondió la golondrina—. Mis amigas revolotean sobre el Nilo y charlan con los grandes lotos. Pronto irán a dormir a la tumba del Gran Rey. Allí está el Rey, en su pintado ataúd, envuelto en lienzo amarillo, y embalsamado con especias. Alrededor del cuello tiene una cadena de jade verde pálido, y sus manos son como hojas secas.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, ¿no te quedarás conmigo una noche, y serás mi mensajera? ¡El niño tiene tanta sed, y la madre está tan triste!

—No creo que me gusten los niños —contestó la golondrina—. El verano pasado, cuando vivía a orillas del río, había dos muchachos mal educados, los hijos del molinero, que no cesaban de tirarme piedras. ¡Claro que no me atinaban nunca! Nosotras, las golondrinas, volamos demasiado bien; y, además, yo soy de una familia célebre por su ligereza; pero, de todos modos, era una falta de respeto.

Mas la mirada del Príncipe Feliz era tan triste, que la golondrina se conmovió.

—Hace mucho frío aquí —dijo—; pero me quedaré una noche con vos, y seré vuestra mensajera.

—Gracias, golondrinita —dijo el Príncipe.

Entonces la golondrina arrancó el gran rubí de la espada del Príncipe, y con él en el pico remontó su vuelo por encima de los tejados. Pasó junto a la torre de la Catedral, que tenía ángeles esculpidos en mármol blanco. Pasó junto al Palacio, donde se oía música de danza. Una preciosa muchacha salió al balcón con su novio.

—¡Qué hermosas son las estrellas —dijo él—, y cuán maravilloso es el poder del amor!

—Espero que mi traje esté listo para el baile de gala —replicó ella—. He mandado bordar en él pasionarias. Pero ¡las costureras son tan holgazanas!

Pasó sobre el río y vio las linternas colgadas de los mástiles de los navíos. Pasó sobre la Judería, y vio a los viejos mercaderes urdiendo negocios y pesando monedas en balanzas de cobre. Al fin llegó a la pobre casuca y miró. El niño se agitaba febrilmente en su cama, y la madre se había dormido de cansancio. Entonces, la golondrina saltó al cuarto y depositó el gran rubí encima de la mesa, junto al dedal de

la costura. Luego revoloteó dulcemente alrededor de la cama, abanicando con sus alas la frente del niño.

—¡Qué fresco tan agradable! —dijo el niño—. Debo de estar mejor

Y cayó en un delicioso sueño.

Entonces la golondrina volvió hacia el Príncipe Feliz, y le contó lo que había hecho.

—Es curioso —añadió—, pero ahora casi tengo calor; y, sin embargo, hace mucho frío.

—Es porque has hecho una buena acción —respondió el Príncipe.

Y la golondrina comenzó a reflexionar, y se durmió. Siempre que reflexionaba se dormía.

Al rayar el alba, voló hacia el río a tomar un baño.

—¡Qué extraordinario fenómeno! exclamó el profesor de ornitología, que pasaba por el puente—. ¡Una golondrina en invierno!

Y escribió sobre ello una larguísima carta al periódico de la localidad. Todo el mundo habló de ella. (¡Contenía tantas palabras que no se entendían!).

—Esta noche partiré para Egipto —decíase la golondrina; y, a esta idea, sentíase muy contenta.

Visitó todos los monumentos públicos, y descansó largo rato en el campanario de la iglesia. Los gorriones susurraban a su paso, y se decían unos a otros "¡Qué extranjera tan distinguida!", cosa que la llenaba de alegría.

Al salir la luna, volvió hacia el Príncipe Feliz.

—¿Teneis algunos encargos que darne para Egipto? —le gritó— Voy a partir.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, ¿no te quedarás conmigo otra noche?

—Me esperan en Egipto —contestó la golondrina—. Mañana, mis amigas volarán hacia la segunda catarata. Entre las cañas duerme allí el hipopótamo, y sobre un gran trono de granito se yergue el dios Memnón. Toda la noche pasa acechando las estrellas, y cuando brilla la estrella matutina, lanza un grito de alegría, y queda silencioso. A mediodía, los leones fulvos bajan a beber a la orilla del río. Tienen ojos como berilos verdes y sus rugidos son más sonoros que los rugidos de la catarata.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, allá abajo, al otro lado de la ciudad, veo a un joven en un desván. Está inclinado sobre una mesa cubierta de papeles, y en un vaso, a su lado, se marchita un ramo de violetas. Sus cabellos son castaños y rizados, y sus labios rojos como granos de granada, y sus ojos anchos y soñadores. Se esfuerza en acabar una obra para el director del teatro; pero tiene demasiado frío para seguir escribiendo. No hay fuego en la chimenea, y el hambre le ha extenuado.

—Me quedaré otra noche con vos —dijo la golondrina, que realmente tenía buen corazón—. ¿Hay que llevarle otro rubí?

—¡Ay! no tengo más rubíes —dijo el Príncipe—. Mis ojos es lo único que me queda. Son dos rarísimos zafiros, traídos de la India hace mil años. Arranca uno de ellos y llévaselo. Lo venderá a un joyero, y comprará pan y leña, y acabará su obra.

—Querido príncipe —dijo la golondrina—, yo no puedo hacer eso.

Y se echó a llorar.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, haz lo que te pido.